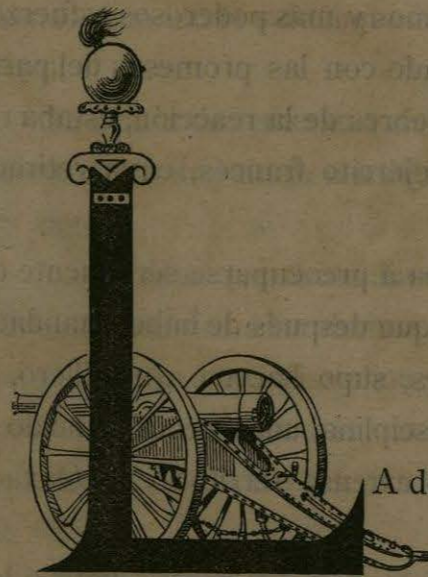


1866 OCTUBRE 3
Г. В. СЕРГЕЕВ



CAPITULO XVI.

El General Díaz avanza sobre Oaxaca.—El ejército republicano ocupa la ciudad, y los imperialistas se concentran en Santo Domingo, el Carmen y el fuerte de la Soledad.—Parte de México una columna austriaca en auxilio de Oronoz.—El General Díaz levanta el sitio, y marcha á su encuentro.—Batalla de la Carbonera.



A derrota del 3 de Octubre de 1866, sufrida por el Jefe imperialista Carlos Oronoz en Miahuatlan, había obligado á éste á replegarse á Oaxaca, y á abandonar la parte baja de la ciudad, concentrando el resto de sus fuerzas y las tropas que violentamente reclutó en Santo Domingo, el Carmen y el Cerro de la Soledad, llamado despues el fuerte de Zaragoza.

El General Porfirio Díaz, permaneció en Miahuatlan dos dias, reorganizando sus pequeños batallones que habían quedado destrozados en aquella espléndida pero muy cara victoria, con que el héroe republicano había reivindicado el triste aniversario de la expedición de la sangrienta ley de 3 de Octubre.

Refundió los prisioneros de clase de tropa en la suya, y cambió gran parte del armamento de ésta, que era malo, con el que había quitado al enemigo, reparando sus municiones y estableciendo un Hospital para los numerosos heridos que hubo en aquella acción.

Solamente los imperialistas habían dejado tendidos en el campo ochenta heridos, que el General Díaz mandó recojer por su improvisada ambulancia.

El 6 de Octubre marchó el General con su División sobre Oaxaca estableciendo, luego que llegó á ésta, un cerco que tenía que ser débil, por la falta de artillería, pero que redujo á los sitiados á permanecer dentro de sus posiciones por el empuje de los republicanos.

Sin embargo, los imperialistas tenían aún alguna esperanza en su triunfo, aguardando que vendría de México alguna fuerza en su auxilio.

En efecto, el imperio hacía sus últimos y más poderosos esfuerzos para conservarse. Maximiliano, fascinado con las promesas del partido conservador y de los Jefes más célebres de la reacción, estaba resuelto á continuar la lucha, aún sin el ejército francés, cuya retirada era segura.

El gobierno imperialista comenzaba á preocuparse seriamente de Porfirio Díaz, de aquel audaz patricio, que después de haber mandado durante muchos años tropas regulares, supo hacerse guerrillero, y con masas de gente sin armas y sin disciplina, unas veces vencido y otras vencedor, fué ocupando todo el extenso territorio de Oaxaca hasta asediar esta ciudad.

Creyeron por lo tanto los imperialistas que era preciso batir á los republicanos de Oaxaca y salvar á Oronoz, que estaba seriamente amenazado y debía sucumbir. E hicieron marchar violentamente de México una columna de 1,500 hombres de las tres armas, compuesta en su mayor parte de austriacos. Esta noticia, á la vez que alentó á las fuerzas imperiales, puso en una situación verdaderamente difícil al General Díaz, porque si llegaba á aproximarse aquel poderoso refuerzo, las tropas republicanas, tan mal é incompletamente armadas, tan escasamente municionadas y tan imperfectamente organizadas, indudablemente serían vencidas, ó se verían en la necesidad de retirarse.

Y en uno ú otro caso se perdían las conquistas con tanto sacrificio alcanzadas, y se retardaría por un tiempo indefinido el triunfo de la República.

Levantar el sitio ante la imposibilidad de ocupar las posiciones enemigas no cabía en el carácter enérgico del General Díaz, á quien las dificultades no eran mas que un estímulo más para su génio. Los grandes corazones se templan ante el peligro, y sobreponiéndose á él lo superan y lo vencen.

Porfirio Díaz concibió en el acto un plan audacísimo, como sólo él sabía idearlos y sobre todo ejecutarlos: vamos á seguir uno á uno sus movimientos, con la rapidéz con que los hizo.

Simultáneamente casi supo el General Díaz que el auxilio austriaco avanzaba por el camino de las Mixtecas, á la vez que por el de la Cañada venía el General republicano Figueroa con la Brigada de su mando, que había sido llamado para que se incorporara al Cuartel general.

Era pues de temerse que estas dos fuerzas marchando en las dos líneas de un ángulo se encontraran, y que la republicana fuese batida en detall.

Las tropas que mandaba el General Figueroa no sólo eran inferiores en número á la columna austriaca, sino que estaban muy mal armadas, tenían poca disciplina y ningun uniforme. Eran los pueblos de indígenas levantados á la voz del patriotismo contra el extranjero, y que marchaban armados muchos de ellos sólo con gruesos bastones de viaje.

Aquel incidente venía á complicar mucho más la situación del Ejército republicano, porque si Figueroa sufría una derrota, semejante pérdida influiría en la moral de toda la división, á la vez que los imperialistas de Oaxaca, con tan importante refuerzo de tropas extranjeras, podían tomar ya ventajosamente la iniciativa.

Pero en el mismo peligro encontró el General Porfirio Díaz la idea salvadora que debía darle el más brillante de sus triunfos.

Reuniendo Porfirio á todos sus Jefes, les dió la orden de que prepararan sus tropas para dar un asalto decisivo al fuerte de la Soledad.

Mandó concentrar las fuerzas distribuídas en toda la línea ocupa-

da, preparar las escalas que servían para el alumbrado de la ciudad, y aproximarlas al acantilado del cerro, y encargó, sobre todo, una profunda reserva acerca del ataque que iba á darse.

Porfirio, tan profundo conocedor del corazón humano, sabía que la mejor manera de hacer propalar una noticia es darla bajo la condición del secreto.

En efecto, á las pocas horas se supo en todo el campamento que iba á asaltarse el cerro de la Soledad, que dominaba los demás puntos ocupados por los imperialistas.

Y éstos pronto comprendieron lo que se preparaba y se encerraron en sus posiciones, acopiando todos los medios posibles para su defensa.

Ya algo entrada la noche, los Jefes de las líneas se presentaron al General en Jefe para tomar órdenes. Entre aquellos iba Félix Díaz, el valiente hermano de Porfirio, tan sereno en el combate, tan subordinado á aquél y tan cobardemente asesinado despues.

Preguntó Porfirio á su hermano si ya había retirado todos los soldados que tenía á sus órdenes. Félix le contestó que todos, ménos unos pocos que había dejado esparcidos en las manzanas que con tanto esfuerzo y tanto trabajo habían conquistado, que no quería abandonar, y que desde las troneras de las casas podían tirotear al enemigo y ocuparlo durante el asalto de la Soledad.

El General Díaz entonces le previno, sin más explicación, que recogiera también aquellos tiradores y los uniera á su cuerpo. Félix Díaz comprendió que se trataba de algun plan más audaz que un asalto, y obedeciendo sin observación alguna, personalmente fué á hacer la operación que se le ordenaba.

Cuando todas las tropas estaban formadas, en medio de la oscuridad más profunda, Porfirio dió la orden de marcha, y en un silencio tan absoluto que no lo sintieron los sitiados la División se alejó de la ciudad, caminando toda la noche, en marcha acelerada.

Estos sucesos tenían lugar la noche del 16 de Octubre y el día 17 llegaba el General Díaz con su División á San Juan del Estado, á donde se le unió Figueroa.

Entre tanto los sitiados, durante las primeras horas de la mañana,

ignoraron el alejamiento de los republicanos, manteniéndose encerrados en sus posiciones y aguardando de un momento á otro ser atacados. Pero se animó al fin Oronoz á hacer un reconocimiento, y no sintiendo al enemigo, sin atreverse á abandonar sus fuertes por temor á una celada, se preparó para hacer una salida.

Pero también este movimiento lo previó el General Díaz, y después de haber dejado reunidas sus infanterías y la artillería, con lo cual estaba seguro de que no sufriría ataque alguno la fuerza de Figueroa, tomó la caballería y, sin proporcionarse un sólo instante de descanso, se lanzó de nuevo al rumbo de Oaxaca, llegando en la tarde á la Hacienda Blanca, en donde hizo alto.

Pertenecía esta finca de campo al Prefecto Superior Político, que era uno de los conservadores más entusiastas por el imperio; y el administrador de la Hacienda se ocultó al llegar los republicanos; Porfirio dió orden de que buscaran á aquél empleado y que lo pasaran por las armas. Pero aquella orden era simulada, pues lo que deseaba el General era que los empleados de la Hacienda llegaran aterrorizados á Oaxaca, y contaran que allí estaba con toda su fuerza.

Ese plan surtió admirablemente. Oronoz, que por algunas horas había creído que los sitiadores se habían retirado, al tener la evidencia de que el General Díaz estaba en la Blanca temió una sorpresa, y con ese pavor de lo desconocido se encerró de nuevo en sus posiciones, permaneciendo alerta pero inmóvil.

El valiente caudillo republicano apenas concedió á sus soldados algunas horas de descanso, mientras tomaba pienso la caballería. Y á las primeras horas de la noche marchó para Etna, de donde salió á la una de la mañana del día 18, tomando el camino de Huahuchilla por la Carbonera, vía que según los exploradores traía el enemigo.

Ya en aquella marcha se había unido á todo el resto de la fuerza. A las doce del mismo día 18, tanto los exploradores que había mandado el General Díaz á que llegaran hasta el enemigo, como los de su descubierta le anunciaron que los austriacos estaban al frente.

El General Díaz mandó hacer alto, y escogiendo las posiciones en donde quería dar el combate, ocupó las lomas de la Carbonera.

Un silencio profundo reinaba en toda la línea: los valientes solda

dos de la República sabían ya que iban á batirse con una fuerza extranjera, perfectamente armada, municionada y disciplinada; pero el entusiasmo brillaba en sus ojos, porque entonces comprendieron el plan tan hábilmente concebido por su General, y tenían fé en éste, que siempre los conducía á la victoria.

Con voz breve, sonora y vibrante dió Porfirio el orden de batalla, formando la siguiente línea.

La Brigada de Figueroa, que era la más irregular y que tenía apenas unos cuantos soldados armados de fusiles, se formó en columna con la artillería y una extensa línea de tiradores á su frente, hácia la derecha.

La brigada de la Sierra, á las órdenes del Coronel Félix Díaz, ocupaba el centro teniendo también tiradores en batalla al frente. A la retaguardia de esta fuerza se situaron dos columnas de los batallones de Chiautla de la brigada del Coronel Gonzalez, y de Cazadores, formando una fuerza de trescientos cincuenta hombres, mandados por los Tenientes Coroneles Juan de la Luz Enriquez y Lorenzo Perez Castro, á las órdenes del Jefe de Estado Mayor, Coronel Juan Espinosa y Gorostiza.

La línea quedaba allí interrumpida por el camino nacional; pero estaba éste defendido por el Coronel Manuel Gonzalez con cuatro columnas de los batallones Fieles, Montaña, Guerrero y Costa-Chica, teniendo á su frente la Compañía de Tlajiaco en tiradores.

La izquierda, separada por dicho camino y por una barranca, adonde emboscó el General Díaz unos tiradores, estaba formada por los batallones Patria y Morelos de la brigada Gonzalez.

La caballería, á las órdenes del General Ramos, ocupó la retaguardia de la línea sobre el camino nacional, que quedó despejado para que pudiese cargar aquella.

Acababa apenas de establecer su línea de combate el General Díaz, cuando desembocó el enemigo en una fuerte columna, avanzando arrogantemente.

Sin la menor vacilación marchó á ocupar una loma situada á seiscientos metros de las posiciones de los republicanos, desplegó su columna, estableció su artillería, y rompió inmediatamente sus fuegos.

Y simultáneamente organizó dos columnas de infantería que lanzó sobre la línea del centro. El choque fué terrible y por algun tiempo los combatientes quedaron envueltos en el polvo y en el humo, escuchándose apenas entre el nutridísimo fuego de la fusilería, las voces guturales de los austriacos, y los gritos discordantes de nuestros indios. Al fin los imperialistas fueron rechazados, y dejando el campo regado de cadáveres, retrocedieron á reorganizarse bajo los fuegos de su artillería.

Vuelven de nuevo á avanzar las columnas austriacas apoyadas por su caballería, que cargó sobre la línea republicana con tal impetu que llegó á tocarla y á introducir en ella algun desorden; pero á la voz de sus Jefes los soldados de la República se reponen, desbaratan las columnas austriacas y las hacen retroceder en dispersión.

El General Díaz, sereno como siempre y dominando todo el campo, comprendió que aquel era el momento de lanzar su caballería, y así lo ordenó.

Avanzan al trote los escuadrones, pero sale á su encuentro en la mitad del camino la caballería de los imperiales, y se traba entre ambas un combate rudo, hasta que la nuestra se vé obligada á retroceder, porque en su avance recibe á quema-ropa el fuego de la artillería enemiga.

Eran los momentos supremos en que la victoria estaba indecisa entre los soldados mexicanos llenos de ardor, pero mal armados, y las tropas imperiales tan superiores por su disciplina y su armamento.

El General Díaz lanzó entonces las brigadas de Figueroa y Félix Díaz que avanzaron con brío al paso de carga; pero los imperiales también habían arrojado á las luchas sus reservas, y aquellas tuvieron que detenerse en su marcha.

Entonces Porfirio hizo avanzar las fuerzas del Coronel Espinosa y las columnas de Manuel Gonzalez: los austriacos al ver esto empeñaron toda su fuerza en el combate, dando una desesperada carga de caballería.

La lucha se hizo general, el fuego era horrible, y entre la nutrida crepitación de los fusiles se escuchaba el estampido constante del cañón. Los combatientes llegaron á luchar cuerpo á cuerpo, y los indios

desarmados arrancaban sus fusiles á los imperiales y derribaban á éstos por el suelo.

La confusión llegó á su colmo, cuando la caballería imperialista retrocedió violentamente hecha pedazos y desordenada por los batallones Fieles y Chiautla, á la vez que las columnas de Figueroa y Díaz rebasaban la línea enemiga.

Entonces el enemigo emprendió su retirada que pronto se convirtió en una completa derrota. Una hora apenas había bastado al General Porfirio Díaz para alcanzar aquel brillante triunfo, tan hábilmente preparado y ejecutado con tanto génio como audacia.

Los batallones Patria y Morelos, que formaban la izquierda de la línea republicana, atacaron entonces sobre la izquierda el flanco derecho de los austriacos que, no pudiendo ya resistir más, comenzaron á huir en completo desorden.

El General Díaz ocupó el campo enemigo y ordenó la persecución, que se hizo en un trayecto de cuatro leguas, en el cual los imperialistas dejaron regados su armamento, su artillería, municiones y equipajes.

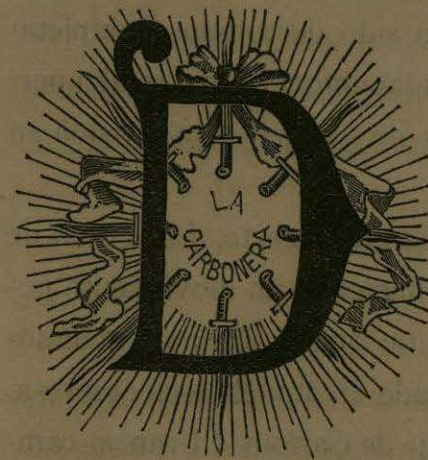
Y aquel largo espacio quedó sembrado de muertos y heridos.

Por fin las tropas republicanas volvieron vencedoras á las posiciones que habían conquistado, trayendo prisionera casi toda la infantería enemiga y los cañones, monturas, y fusiles quitados á los austriacos.

El General Díaz firme en su caballo de batalla saludaba á aquellos valientes hijos del pueblo que lo victoreaban, que se agrupaban en torno de él aclamándolo, y que en su sencillez republicana ignoraban que habían dado una fecha inmortal en la historia patria con el triunfo espléndido de la Carbonera.

CAPITULO XVII.

Vuelve el General Díaz sobre Oaxaca.—Sitio de la Plaza.—Capitulación.—Organiza el General Díaz los ramos administrativos.—Marcha á Tehuantepec sobre los imperialistas.—Batalla de la Chitova.



ESPUES del espléndido triunfo del 18 de Octubre de 1866 obtenido en la Carbonera, el General Porfirio Díaz apenas permitió á sus tropas un leve descanso, apesar de que habían hecho en aquellos dias marchas forzadas, caminando aun durante la noche, para ir á sostener un rudo combate contra los austriacos y los traidores.

Rápidamente el caudillo de Oriente organizó los cuerpos de su división diezmadados en la batalla, proveyó á las necesidades de sus soldados, armó á éstos dando los fusiles quitados al enemigo á los que traían un mal armamento, y asegurando á la infantería austriaca que había hecho prisionera, dió orden de marchar de nuevo sobre Oaxaca.

En tanto Oronoz, el Jefe imperialista, estaba encerrado en la ciudad, sin atreverse á salir, temiendo una emboscada, por ignorar en qué punto se encontraban las fuerzas republicanas.

Es que comenzaba á acentuarse en torno del imperio ese vacío que precede siempre á la caída de los gobiernos: aislados éstos, no encuentran auxiliares fuera del círculo oficial, y los pueblos en su indiferencia ó en su ódio se alejan del poder, como temiendo un contagio de muerte.

En ese período los gobiernos carecen de noticias exactas y oportunas de los movimientos del enemigo, mientras que éste todo lo encuentra á su paso, exploradores fieles y eficaces, recursos y cuantas muestras de adhesión pueden darse á un vencedor.

Ornoz ignoraba el encuentro habido entre la fuerza extranjera que venía en su auxilio y la del General Díaz. Limitóse por tanto á conservar las fuertes posiciones que ocupaba, trabajando activamente en mejorar sus medios de defensa, y en acopiar víveres suficientes para su guarnición.

Repentinamente vieron los imperialistas llegar á las orillas de la ciudad las avanzadas republicanas; y en el acto cundió por todas partes la noticia de que los austriacos habían sido derrotados completamente en la Carbonera. Oronoz comprendió entonces que estaba perdido, porque era imposible que marchara de México otra división en socorro de Oaxaca.

El imperio comenzaba á sentirse herido de muerte. La actitud de reserva que guardaba el ejército francés haciendo un movimiento general de concentración, revelaba claramente que la Francia abandonaba al emperador, á quien había empeñado en aquella loca empresa.

Nadie se hacía la ilusión de que el viaje de Carlota á Francia cambiaría la marcha inflexible de la nueva política de Napoleón III, quien se sentía incapaz de afrontar la tempestad que por todas partes lo amenazaba.

La oposición republicana en Francia, cada vez más enérgica y poderosa, condenaba la expedición de México como desastrosa é infecunda: y el pueblo francés participaba de igual opinión.

Y á la vez el gobierno de los Estados Unidos, que no tenía ya la

traba de la guerra separatista, pedía con insolencia á Napoleón un término preciso para la desocupación del territorio mexicano. Por último, comenzaban á levantarse nubes sombrías por Alemania que, al consumir su hegemonía, iba á hacer el primer ensayo de su omnipotente poder militar sobre la Francia, en nombre de sus antiguos rencores.

Maximiliano quedaba, pues, sólo en la arena, rodeado de un partido débil, cobarde y casi ridículo, como era el partido moderado y personal que había creado en torno de su efímero trono.

Los conservadores que durante cuatro años habían soportado cuanta humillación quisieron imponerles el Cuartel general francés y Maximiliano, con la ductilidad con que ese partido se doblega á todos los yugos comenzó á rodear al Príncipe austriaco, aguardando apoderarse al fin de la situación, y luchando por conservar la única bandera que podía servirle de cohesión.

Pero entre tanto los republicanos iban ocupando una zona más extensa del país, especialmente en la frontera del Norte, y el Gobierno de Juárez, que había permanecido casi ignorado durante tanto tiempo en Paso del Norte, había avanzado hasta Monterey.

Mas no hacemos la historia de aquel período sombrío y tenemos que volver á Oriente, para concluir de detallar la historia militar del Señor General Porfirio Díaz.

En la mañana del día 20 de Octubre de 1866, es decir, dos días después del triunfo de la Carbonera, llegaron como dijimos ya, las avanzadas del Ejército republicano á la vista de Oaxaca, y en la tarde el resto de las tropas, las que ocuparon en el acto sus antiguas posiciones, replegándose Oronoz, sin combatir, á Santo Domingo, el Carmen y Cerro de la Soledad.

El General Díaz, sin tomar un momento de descanso, recorrió en el acto toda la línea, es decir casi la ciudad entera, estrechando enérgicamente el sitio y logrando al fin, después de continuos asaltos

en los que los imperialistas se defendían con la tenacidad de la desesperación, cerrar la línea de circunvalación de los fuertes de Santo Domingo y el Cármen con las manzanas intermedias.

Así quedó aislado el fuerte Zaragoza, que por estar situado en el cerro de la Soledad domina la ciudad entera.

Diez días duraron los trabajos de aproche, los que se llevaban á término en medio de un fuego nutridísimo, y sosteniendo los sitiados los brillantes ataques de los republicanos que á pesar de las pérdidas que sufrían avanzaban sin cesar, hasta situarse sólidamente á cuatro ó cinco metros de las baterías enemigas, habiendo entre ambas líneas sólo la anchura de una calle.

El 30 de Octubre, concluidas ya las obras de fortificación, dió el General Porfirio Díaz las últimas disposiciones para el asalto, cuando ondeó en el fuerte Zaragoza la bandera blanca de parlamento.

El caudillo republicano, deseoso de que no se derramara mas sangre mexicana, aunque estaba seguro de ocupar las últimas fortalezas de los imperialistas á viva fuerza, quiso economizar las vidas de sus valientes soldados, que tantos triunfos habían alcanzado combatiendo por la independencia de la patria.

Suspendió el asalto, y entabladas las pláticas para la rendición de la plaza se nombraron comisionados de parte de ambos beligerantes, que arreglaran las condiciones de la capitulación.

El General en Jefe de la línea de Oriente nombró para redactar las bases de la rendición al General Luis P. Figueroa, á los Coroneles Félix Díaz y Juan Espinosa y Gorostiza, al Teniente Coronel Manuel Travesí y al Señor Carlos Thiele.

El Jefe imperialista Oronoz nombró al General Juan Ortega, Capitán Emilio Dives, Teniente Sebastian Laeronique, Subteniente Enrique, baron de Eggers y Alberto, conde de Kamer.

Los comisionados de ambas partes, convinieron en que las guarniciones imperialistas de Santo Domingo, el Cármen y el fuerte de

Zaragoza, se constituían prisioneras de guerra del General Díaz, sin más garantía que la de la vida, que sería respetada bajo la palabra de honor del General en Jefe y de sus representantes.

Los equipajes, caballos y armas del uso particular de los prisioneros, que no fuesen de la propiedad de la Nación, quedaban á la disposición de aquéllos.

Oronoz entregaría la artillería, el armamento, las municiones y equipo, los caudales y las fuerzas todas que estaban á sus órdenes á las comisiones que con objeto de hacer la recepción nombraría el General Díaz.

Firmadas las bases de la capitulación y aprobada ésta por los Jefes superiores, se disparó un cañonazo en el Cuartel General de las fuerzas republicanas, á cuya señal las guarniciones del Cármen y Santo Domingo salieron desarmadas, á formarse, á la plazuela de la Sangre de Cristo, y la del fuerte, también desarmada, fué á constituirse prisionera al átrio de Xochimilco.

Se hizo una lista nominal de los Generales, Jefes, Oficiales y tropas que capitulaban, y en esa lista estaban comprendidos también los empleados civiles y los demás mexicanos que por afección al imperio se habían abrigado en el recinto sitiado.

Los heridos y enfermos que se encontraron en los hospitales de los fuertes capitulados quedaron bajo la protección y cuidado del Cuartel general republicano.

La ciudad de Oaxaca, que en Febrero de 1865 había sido ocupada por el ejército francés, quedaba recuperada para la República por el mismo Jefe que casi dos años ántes había tenido que sucumbir ante la superioridad del invasor.

Y todos los reos de infidencia que temblaban de terror al ver avanzar triunfante al héroe republicano, vieron con asombro que la clemencia del vencedor salvaba sus vidas, cuando una ley inflexible y justa los condenaba á muerte.

Sólo se aplicó la pena de muerte á los que no quisieron aceptar la garantía de la capitulación, y que buscaban en la fuga un medio para volver á unirse con los imperialistas, y seguir aquella lucha insensata y fratricida.

Franco, el antiguo comisario imperial, que tanto había trabajado por el gobierno usurpador implantado por la Francia, fué uno de los que cayeron bajo el fallo terrible de la ley.

Acaso influyó en esa ejecución un episodio desconocido hasta hoy y que nos creemos obligados á contar, porque revela con una precisión admirable el carácter de aquella época de luchas, de sacrificios, y de gloria.

Cerca de Oaxaca, en Yanhuitlan, había dos hermanos, pintor uno, comerciante el otro; y ambos honradísimos, trabajadores y patriotas, y que veían con ódio al invasor y á sus aliados.

Eran los Rodríguez, que así se llamaban estos buenos patricios, indios de raza pura, que á fuerza de inteligencia y de actividad habían alcanzado una buena posición y gran influencia en los pueblos circunvecinos.

Uno de ellos, sobre todo, se quiso consagrar al servicio de la causa nacional, y prestó grandes auxilios al General Díaz, desde que éste apareció en el Estado y comenzó su admirable campaña de guerrillero.

Pronto fué denunciado Justo Rodríguez, el comerciante, ante el Jefe imperialista, quien lo mandó reducir á prisión: llevado el noble patriota ante la corte marcial, ésta lo condenó á muerte.

Rodríguez fué encapillado en el acto y sólo se le permitió hablar con su hermano.

La escena fué terrible entre aquellos dos hombres que tanto se amaban, y uno de los cuales iba á morir por su adhesión á la patria.

Después de abrazarse estrechamente, el que iba á ser fusilado, con una serenidad digna de aquella gran alma, dijo á su hermano el pintor.

—Quiero que me retrates en el acto.

—¿Que te retrate?

—Sí. Vé á traer un lienzo, pinceles y colores. Ese retrato lo llevas al General Porfirio Díaz el día que ocupe la ciudad, que será muy

pronto, y se lo entregas como un recuerdo mio, diciéndole que en esta hora suprema, sólo un favor le pido, ¡que no tenga piedad para los traidores! Que cuando quiera perdonar á uno de los que han vendido á la Patria vea mi retrato y recuerde que, al marchar al patíbulo, no le he pedido en recompensa de mis servicios más que venganza en nombre de la patria y de mi familia, que queda acaso en la miseria y la orfandad.

El pintor, con los ojos nublados por el llanto, hizo lo que le suplicaba su hermano y retrató á éste, con una verdad de expresión admirable. Al día siguiente el mártir era fusilado por los imperialistas.

Pero su última voluntad fué cumplida religiosamente.

El General Díaz al llegar á Yanhuitlan se alojó en la casa de su antiguo amigo, Justo Rodríguez, y allí se le presentó el hermano de éste, llevándole el retrato del mártir de la patria y su terrible testamento de venganza.

En esos momentos recibió también el General en Jefe la noticia de que Franco el comisario imperial había sido capturado, y la solicitud del indulto del traidor.

¡Porfirio denegó el indulto, y Franco fué pasado por las armas!

El General Díaz recibió una ardiente ovación del pueblo de Oaxaca, que de mil maneras le manifestaba su gratitud; pero el caudillo que sentía que aún no había terminado la lucha, apenas reorganizó la administración marchó á Tehuantepec en persecución de las fuerzas imperiales, cuyo grupo principal destruyó en la batalla de la Chitova el 19 de Diciembre.

Destrozó otras partidas de traidores y volvió rápidamente á Oaxaca, para aprestarse á hacer la segunda campaña que había de dar á México páginas tan gloriosas como el 2 de Abril y la ocupación de la Capital de la República.



2 DE ABRIL.
(Puebla 1867).